

## RESEÑA

## Santiago y santiagueros

Hilario Topete Lara

Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), México. topetelarah@yahoo.com.

García Miranda, Juan José (Comp.) (2016). *Santiago apóstol en el imaginario andino mesoamericano*. Asociación Cultural Latinoamericana Pacarina del Sur-ACLAPADES- Lima, 386 pp., ISBN: 978-612-46214-1-3, 90 fotografías, Datos curriculares.

Doy la bienvenida a un libro sobre santiago y santiagueros que un buen día de 2016 pusieron en mis manos. Estaba aún tibio, recién salido de la imprenta. Lo leí lentamente, tratando de degustar las etnografías, historiografías e imágenes. No hubo motivo de arrepentimiento y puedo decir, no sin agradecimiento, ¡Enhorabuena! Enhorabuena por la iniciativa de confeccionar un ejemplar monográfico en torno de un santo controversial: San Santiago, Santo Santiago, San Lago, Yago o como prefiera llamarle cada quien. Él no se enojará porque es protector de –y condescendiente con- los buenos cristianos y particularmente con sus devotos. Y si se molestase, como decían las abuelas: “Será bien conocido”.

Se trata de un libro que los estudiosos de la religiosidad popular y los sistemas de cargos no podrán ignorar, porque tan solo con el mosaico de materiales que lo componen, el prolijo recorrido por las fuentes y la iconografía dispuesta en generosas cantidades, uno tiene suficiente para enterarse de una imagen que, habiendo viajado en compañía de los conquistadores con espada y más tarde con los conquistadores con cruz en la mano, ha calado profundamente en el mundo indígena y ha mostrado con creces su capacidad de penetración a través del tiempo – hasta nuestros días- y a través de las etnias –hasta nuestros mestizos contemporáneos-.

Uno bien puede pasar inadvertido el número impresionante de localidades que se llaman Santiago (Santiago Ixcuintla, Santiago de Cuba, Santiago Tianguistenco, Santiago de Compostela, Santiago Tulyehualco, Santiago de Chile, Santiago Tupátaro, Santiago de los Caballeros y miles de barrios, mitades, pueblos y ciudades diseminados por todo el planeta). Lo que casi nunca pasa inadvertido es que, siendo originalmente un apóstol peregrino, monta a caballo al igual que San Martín Caballero, San Isidoro de Sevilla y San Jorge, entre otros, y lleva una espada como Santa Juana de Arco, San Miguel Arcángel. Santo Santiago es, como este, belicoso, aunque con acciones un poco distantes: San Santiago somete a un moro y San Miguel, al demonio; pero en el siglo XVI, ¿habría mucha distancia entre uno y otro?<sup>1</sup> Si forzásemos los paralelismos, estaríamos frente a una misma cosa: El triunfo del bien - encarnado en dos entes emblemáticos del cristianismo- sobre el mal, también encarnado en dos grandes enemigos de esta religión. La espada flamígera representa a su vez, el brazo ejecutor e inexorable que fustiga la desobediencia, la infidelidad, el pecado, como nos recuerda ese pasaje

<sup>1</sup> Néstor Godofredo Taipe prefigura esta idea, como queda plasmado en las conclusiones de su artículo (García, 2016: 362).

---

de la biblia en que Adán y

Eva son expulsados del paraíso por Uriel, en el nombre de Dios. Para colmo, Santo Santiago monta (cuando lo hace, porque puede estar de pie) un caballo blanco, como representando la albura con que se identifican el bien, los amaneceres, o los soles nacieses.

Santiago fue inicialmente pescador, luego apóstol y peregrino, siempre vinculado con la evangelización. De hecho, según la hagiografía católica, la diseminación de los apóstoles lo llevó en su peregrinaje a Hispania, donde murió y, supuestamente, su deceso ocurrió en lo que hoy es Compostela. Santiago, en tanto guerrero, aparece en relatos de la reconquista contra los moros (García, 2016: 313-314), combate con –a veces, en lugar de- los españoles a los que convierte en triunfadores. Esa misma imagen es la que acompañará a Hernán Cortés (*Ibidem*: 193), Pedro de Alvarado (*Ibidem*: 260) y Francisco Pizarro, entre otros (*Ibidem*: 188).

Santiago sufrió múltiples transfiguraciones. Santiago pescador, apóstol, luego peregrino, guerrero y acompañante de guerreros o de aventureros guerreros, pasó de ser Santiago Matamoros a Santiago Mata-indios; es comprensible, que no sea condenable, si consideramos la idolatría y la infidelidad con la que se justificó el etnocidio en América y todo terreno conocido o por conocer, según se estipulaba en la Bula Papal *Inter caetera*. Precisamente por esas transfiguraciones, y aunque no lo dice el libro, podemos encontrar que lo mismo hubo una conquista espiritual que hizo posible el catolicismo en las tierras conquistadas, como otra conquista espiritual silenciosa, la del catolicismo popular, que terminó atrayendo a las generaciones descendientes de españoles mestizados, como parece evidenciarse en algunas danzas de moros en las que son los indígenas los que convierten a los españoles.

Adicionalmente, no podemos hacer caso omiso al carácter de dominante, conquistador, que pasa a ser protector, como se piensa a los nahuales en algunas etno-regiones de México. A propósito, y permítaseme la desviación para ejemplificar con una breve nota etnográfica lo anterior, con palabras que no se encontrarán en el libro: Un viejo exmayordomo de Santo Santiago me confió en la Mixteca Alta que en tiempos de la revolución llegaron los revolucionarios para tomar el pueblo de Santiago Yolomécatl (coincidentalmente, “corazones amarrados” o “corazones mellizos”) y se apostaron a las entradas del pueblo. De pronto, el general que comandaba el ejército vio que en los cerros aparecieron miles de caballos con sus jinetes, comandados por un señor extrañamente vestido, montado en un caballo blanco. El general, temiendo una masacre y creyendo que les habían tendido una trampa, decidió rendir sus efectivos; entró al pueblo; buscó a la autoridad local y el mayordomo los recibió. El general dijo que prefería rendirse para evitar una masacre con una carga de caballería y le platicó del personaje que conducía a sus ejércitos. EL mayordomo lo escuchó y le dijo: “Venga conmigo”. Lo llevó al templo y le señaló a Santo Santiago y le preguntó: “¿No sería este el señor que usted vio en su caballo blanco?” – “El mismo”, contestó el general; luego se arrodilló y pidió que celebraran una misa. (Topete-Rebollo, 2017: s/p.) Santo Santiago se comportó exactamente como los nahuales protectores de las localidades mixtecas. El pasaje no puede menos que sugerir que Santiago Mata-indios fue sometido a un proceso de nahualización, el nahual asimiló atributos del santo hasta fusionarse con él, o ambas cosas a la vez: investigaciones futuras lo determinarán.

Santiago, agrego al libro, además de haber conquistado a los criollos que se asentaron en las congregaciones y en las repúblicas de naturales mediante la religiosidad popular, habría de

sufrir también esa transfiguración a socio, aliado, protector de familias y de individuos, hasta nuestros días. Y si se me permite otra desviación, también agregaré otra breve nota etnográfica obtenida

en una conversación con un migrante de Santiago Tupátaro, en el occidente de México:

*Yo me había ido de mojado [me confió], con otros de otro lado, sin papeles, a la aventura, y todo iba bien hasta que, al cruzar el Río [Bravo], de pronto vemos a la distancia una camioneta y uno de nosotros dijo: ` ¡La migra!' y lo único que podíamos hacer era tirarnos entre el zacate. La camioneta paró, bajaron los policías y correataron a todos y los agarraron. Yo me encomendé a Santo Santiago, el patrón de mi pueblo, y me tiré de panza. El zacate apenas me cubría y los de la migra pasaban lejos y luego cerca, y nada. De pronto se pararon como a un metro de donde yo estaba tirado y quieto. Los vi que voltearon para todos lados y luego se fueron. No me vieron. Yo creo que Santiago me hizo invisible. Por eso no me vieron. Desde entonces yo vengo todos los años a su fiesta y le agradezco porque nunca me han pescado (Topete, 2017).*

Santiago, leemos en algunos pasajes de libros, se comportó de formas muy parecidas en Mesoamérica y en el área andina. Hay tantas afinidades entre el área andina y la mesoamericana que, más allá de los estudios etnohistóricos comparativos en relación con las similitudes de pasajes de conquista (apariciones de Santiago al lado de los conquistadores), los autores de la compilación nos han obsequiado líneas de investigación sugerentes, entre las que destaca sobremanera la similitud entre wamanis y nahuales (claro, en este libro, ningún autor habla de nahualismo): ambos protectores de personas, familias y pueblos contra las amenazas humanas y los fenómenos naturales; ambos habitantes de las montañas; ambos con poderes de curación; ambos veleidosos y vengativos cuando se rompen las reciprocidades, las donaciones mutuas. Esto, que planteo a manera de sugerencia, bien merecería un estudio posterior. También lo merecerá el símbolo *Illapa* (trueno, rayo, fuego, relámpago) (*passim*), como una espada asociada al trueno con significaciones similares *xiuhcoatl* (serpiente de fuego, serpiente solar), la saeta de Huitzilpochtli (Sahagún, 2003: 276, 1117).

Pero hablaba de transfiguraciones, y una más aparece en la dilogía entre las concepciones católicas y las religiones y las cosmovisiones prehispánicas, facilitadas en muy buena medida por las similitudes de sentidos. Al leer sobre las raíces heliocéntricas del cristianismo no puede menos que comprender tanto la orientación de los templos cristianos según el eje este-oeste (Hani, 2008: 15-31) como su similitud con las ceremonias del fuego nuevo orientadas al este y los templos prehispánicos y huacas, entre otros marcajes que servían para marcar un día preciso en el curso del sol que indicaba el equinoccio de primavera; asimismo, en la iconografía asociada a Jesucristo aparecen el sol y la luna: Jesús es el sol, el elemento masculino y la luna, el femenino. La religión católica, en su compleja numerología, no se quedó en el sentido de la unidad como la infinita perfección y en la trinidad como sagrada perfección o en la triple trinidad como tres veces tres, una especie de hipérbaton simbólico puesto en números. Lo rebasó porque la dualidad también cabía en su imaginario y en sus símbolos: oriente-poniente, los mellizos, María-Jesús y luna-sol, entre muchas más. Muchos de los sedimentos del cristianismo y las formas de religiosidad hispanos ensamblaron con las dualidades prehispánicas sin mucho conflicto; posiblemente, resultó muy complicado en algunos casos introducir a los indígenas en espacios cerrados para el culto, pero bien lo resolvieron con las capillas abiertas

---

(Nieto y Cámara, 2017).

Esos símbolos y sentidos hicieron posibles las reconfiguraciones de que nos hablan ampliamente

-o al menos nos insinúan- algunos de los artículos compilados en este libro por Juan José García Miranda. De esa dilogía, discurriendo en el tiempo emergerían estas formas de culto y de significaciones que le dan un rostro propio a las prácticas de catolicismo popular que subsisten en Mesoamérica y el Área Andina, las súper áreas a que se circunscribieron los trece estudios que nos brindan estos autores participantes. Pero no es lo único valioso del material. A modo de ejemplo, hay que hacer los notables recorridos históricos de la mano de las fuentes con que acompañamos a Clara M. Boggio en su sector etnohistórico (García, *op. cit.*: 57-74) o a Emilio Choy (*Ibidem*: 179- 200) y, entre otros, a Lorenzo Huertas (*Ibidem*: 283-304); acudir a los estudios comparativos entre el Área Andina y Mesoamérica a través de diversos procesos y sentidos, como trabajaron Néstor Godofredo Taipe (*Ibidem*: 311-367) y Julio Teddy García (*Ibidem*: 251-266). Aproximarnos a la cosmovisión de ambas áreas con Angélica Aranguren (*Ibidem*: 17-27) y el compilador, Juan José García (*Ibidem*: 231-250); seguir la etnografía y los análisis de Sergio Quijada y otros; degustar los relatos de viaje de María Teresa Gutiérrez (*Ibidem*: 67-281) y cerrar con el análisis de la iconografía que realizan Néstor Godofredo Taipe y Juan José García (*Ibidem*: 369-382). En muchos casos el lector encontrará material inédito, desconocido, asimismo, la profusión de datos –y aún la propia iconografía– producirán un efecto positivo en el lector que puede ir desde el pasmo hasta la reflexión. Difícilmente la respuesta a la lectura será la sensación de hastío, aburrimiento o de que hemos gastado nuestro tiempo frente a una obra fútil.

Decía al principio que se trata de un libro que no puede dejar de leer un estudioso de la religiosidad popular porque uno puede ir haciendo lectura y memoraciones etnográficas sobre relatos atrapados en los diarios de campo o simplemente en la memoria, y esas asociaciones aún esperan una reflexión más profunda. Cito: tanto en el área andina como en Mesoamérica, a Santiago le gusta salir en procesión acompañado de una virgen que puede ser una advocación de María o de otro personaje femenino como Santa Ana, la abuela de Jesús, y en la interpretación de algunos sitios se interpreta como un paseillo de novio, lo que colocaría a Santo Santiago en calidad de abuelo o padre de Jesús, a la vez que contemporáneo y discípulo de él (Que alguien resuelva el dilema, el mismo dilema que tuvo un etnohistoriador que expresó irónicamente que empezó a entender la religión prehispánica cuando comprendió que un mismo dios podría ser su padre y su hermano al mismo tiempo). Pero la dualidad está allí, esperando otro análisis, tanto como lo espera una larga cauda de símbolos relacionados con montañas, agua, espadas, fuego, rayos, relámpagos, colores y, entre muchos más, vestimentas que tienen alguna relación con Santiago.

Se trata, en efecto, de un libro que nos desvela algo de la simbología en la que mellizos, soles, rayos, truenos y tormentas, entre otros fenómenos naturales, son re-interpretados en las cosmovisiones mesoamericanas y andinas con una fusión de cultos aborígenes con narraciones bíblicas y otras cristianas hispanas no tan bíblicas. Pero decirlo es más fácil que comprenderlo, porque no existe el artículo abarcador, sino jirones y retazos que el lector debe ensamblar para generar un nuevo relato y, por qué no, un nuevo artículo o un nuevo libro, aunque sea solo en su imaginación.

---

El libro hermana al área andina y a la mesoamericana en los estudios sobre lo que llamamos sistemas de cargos en materia de organización social para el ceremonial porque los alféreces, fiscales y mayordomos, cuya nomenclatura es claramente hispana, aparecen con similitudes que no pueden menos que evidenciar la fuerte matriz administrativo-religiosa que implantó la iglesia

católica, como evidenciando que lo que une a las dos súper áreas no es solo su matriz indígena, sino también su matriz hispana.<sup>2</sup> Esto ya lo sabíamos, y los estudios sobre cargos ampliamente desarrollados en México y Guatemala bien podrían coadyuvar a la etnografía y al análisis de los trabajos sobre el tema en Sudamérica y viceversa.

El lector, además, enfrentará un problema mayúsculo y García Miranda, en calidad de compilador, es el menos responsable: un compilador no es un editor y los artículos son responsabilidad del autor. Digo esto porque el lector enfrentará formas sintácticas complicadas en algunos artículos, asimismo yerros ortográficos y problemas con el aparato crítico que pueden parecerle chocantes por su abundancia.<sup>3</sup> Lo que no podrá negar es que constituye un significativo aporte a los estudios de religiosidad popular o catolicismo popular. Asimismo, podrá pasar por alto que el acrónimo INRI (*Iesvs Nazarenvs Rex Ivadeorvm*) no está escrito en arameo (p. 17) como propone Angélica Aranguren, sino en latín; que las dualidades propuestas por Aréchiga y García no están todas bien establecidas, además de que Santiago no usa traje de luces; que la Virgen de Guadalupe se suponga como producto de un mestizaje (María con la tez morena de Tonantzin, según Julio Teddy García) cuando morena era ya cuando vino de España; y, entre otros, que en una ausencia de crítica de la fuente se haga aparecer ovejas y carneros en el mundo prehispánico, según Néstor Godofredo Taípe. Con plena convicción de que no existe la obra perfecta, y de que el lector casi siempre se queda con los aportes novedosos, propositivos, sugerentes, reitero mi felicitación y agradecimiento a los autores de los artículos y en forma particular a Juan José García Miranda por sus esfuerzos.

---

<sup>2</sup> Como ejemplo, los cargos –numéricamente hablando– que más han resistido los cambios sociales, han sido los religiosos y se caracterizan –como he propuesto a título personal– por el servicio a los santos y por la gratuidad del servicio y ejercidos por una pareja estable (matrimonios, preferentemente).

<sup>3</sup> Adicionalmente, hay artículos en los que se citan autores que no aparecen en la bibliografía y viceversa; los hay también en que el uso de comillas desvía la concepción del autor hacia otras formas de interpretación; lo mismo ocurre con el uso de los correctores automáticos. Asimismo, constituye un serio problema para los lectores del hemisferio norte, poco familiarizados con los regionalismos y los términos quechuas, aimaras y de otras lenguas del área andina, no contar con términos equivalentes, descriptivos o sus definiciones.

**Bibliografía**

García Miranda, Juan José (Comp.) (2016). *Santiago apóstol en el imaginario andino mesoamericano*. Asociación Cultural Latinoamericana Pacarina del Sur-ACLAPADES- Lima.

Hani, Jean (2008). *El simbolismo del templo cristiano*, Barcelona, Sophia Perennis.

Nieto, Víctor y Cámara, Alicia (s/f). “Una iglesia y un espacio abiertos: las capillas de indios”, en *Artehistoria*, en <http://www.artehistoria.com/v2/contextos/4801.htm>, consultado el 6 de febrero de 2017.

Sahagún, Fray Bernardino de (2003). *Historia general de las cosas de la Nueva España* (Vol. I y II), Madrid, DASTIN S. L.

Topete Lara, Hilario (2017). *Santiago Tupátaro* (documento digital de trabajo).

Topete Lara, Hilario y Rebollo Cruz, Montserrat Patricia (2017). *Santiago Yolomécatl, Monografía etnográfica* (Documento digital de trabajo).